
LOS PUEBLOS
MÁS BONITOS
DE LA
ESPAÑA VACÍA
FRANCESC
RIBES
ANAYA
TOURING

LOS PUEBLOS MÁS BONITOS DE LA ESPAÑA VACÍA

FRANCESC RIBES

ANAYA TOURING





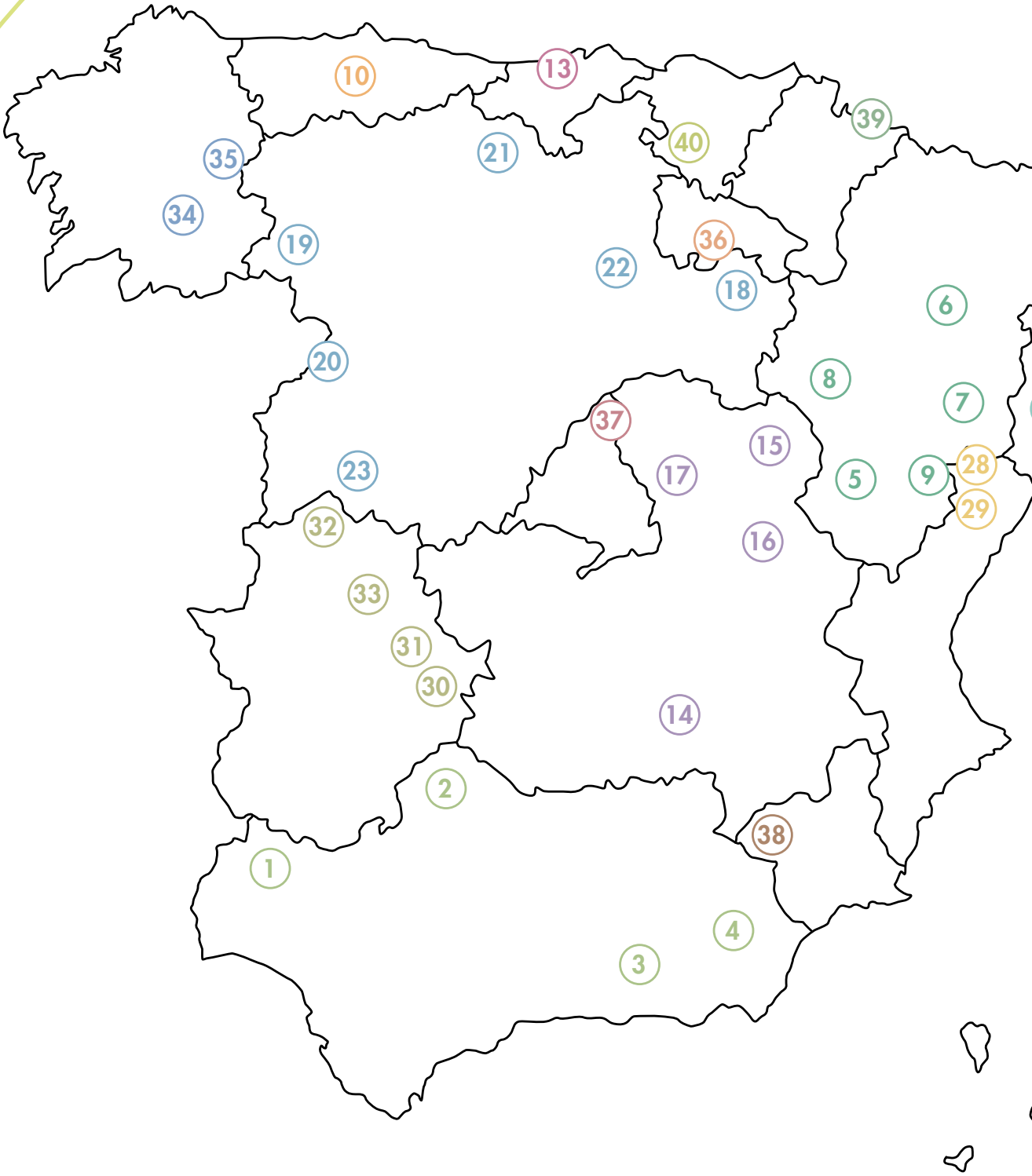
Para Olga, por supuesto.

«¡Ver pueblos! ¡Ver nuevos pueblos, ver los más posibles! ¡Poder decir: también ahí he estado!».

Miguel de Unamuno
Por tierras de Portugal y de España (1911)

«… nos despertamos con el afán del que llega a un pueblo desconocido y ansía la hora de echarle el primer vistazo».

Emilia Pardo Bazán
Por la España pintoresca (1895)


10
13
39
40
21
35
34
19
36
22
18
6
20
8
7
37
15
23
17
5
9
28
29
32
16
33
31
30
14
2
38
1
4
3



Sumario

Introducción — 10

Andalucía — 14
Aragón — 36
Asturias — 66
Canarias — 72
Cantabria — 84
Castilla-La Mancha — 90
Castilla y León — 114
Cataluña — 150
Comunidad Valenciana — 172
Extremadura — 184
Galicia — 208
La Rioja — 220
Madrid — 226
Murcia — 232
Navarra — 238
País Vasco — 242

Créditos — 246
Créditos de las imágenes — 247

ANDALUCÍA — 14

1. Almonaster la Real — 14
2. Belalcázar — 20
3. Trevélez — 24
4. Lucainena de las Torres — 30

ARAGÓN — 36

5. Albarracín — 36
6. Los pueblos de colonización de los Monegros — 42
7. Valderrobres — 48
8. Daroca — 54
9. Cantavieja — 60

ASTURIAS — 66

10. Bermiego — 66

CANARIAS — 72

11. Tejeda — 72
12. Betancuria — 78

CANTABRIA — 84

13. Potes — 84

CASTILLA-LA MANCHA — 90

14. Villanueva de los Infantes — 90
15. Molina de Aragón — 96
16. Uña — 102
17. Pastrana — 108

CASTILLA Y LEÓN — 114

18. Yanguas — 114
19. Puebla de Sanabria — 120
20. Fermoselle — 126
21. Cervera de Pisuerga — 132
22. Santo Domingo de Silos — 138
23. La Alberca — 144

CATALUÑA — 150

24. Durro — 150
25. Gandesa — 156
26. Siurana — 162
27. Montsonís — 168

COMUNIDAD VALENCIANA — 172

28. Morella — 172
29. Ares del Maestrat — 178

EXTREMADURA — 184

30. Puebla de Alcocer — 184
31. Guadalupe — 190
32. Casares de las Hurdes — 196
33. Torrejón el Rubio — 202

GALICIA — 208

34. Castro Caldelas — 208
35. O Cebreiro — 214

LA RIOJA — 220

36. Villoslada de Cameros — 220

MADRID — 226

37. Puebla de la Sierra — 226

MURCIA — 232

38. Moratalla — 232

NAVARRA — 238

39. Orbaizeta — 238

PAÍS VASCO — 242

40. Añana — 242

No tan vacía

Hace menos de diez años, varios escritores y ensayistas pusieron nombre y actualizaron un fenómeno tan antiguo y habitual que casi pasaba desapercibido: lejos del mar, la Península se estaba quedando sin habitantes. La España vacía pasó pronto de ser una síntesis acertada a un tópico devaluado y hasta vilipendiado, porque vacía derivó en vaciada, para subrayar una intencionalidad en el hecho de que campos y pueblos se estén quedando sin habitantes y sin servicios. En cualquier caso, que en los últimos años se hable tanto de la España rural ha servido al menos para que muchos viajeros descubran con sorpresa y admiración que a pocos kilómetros de su casa se extienden paisajes tan bellos como ajenos al bullicio del turismo urbano. En *Rutas para descubrir la España vacía* (2020) propuse 23 itinerarios que transitaban los territorios más despoblados, es decir, la llamada Serranía Celtibérica (desde La Rioja hasta Valencia) y la Franja Céltica (en la frontera con Portugal), pero señalaba que «en casi todas las comunidades autónomas se pueden encontrar municipios al borde de la extinción por falta de personas». Completar ese panorama y resaltar esos pueblos rebosantes de atractivos y asediados por la soledad es la pretensión de este libro. En los caminos que conducen hasta ellos están los paisajes donde se lee la historia de este país.

Tan cierto es que la España vacía existe como que nunca estuvo muy llena. En 1900, cuando la Francia metropolitana, con una extensión algo superior a la nuestra (552 000 km² frente a 505 990 km²), rondaba los 39 millones de habitantes, en España no llegábamos a los 19 millones. Y hoy Gran Bretaña o Alemania, con una superficie bastante inferior a la española, tienen muchos más habitantes: 64 y 83 millones, respectivamente, frente a 48 millones de españoles. Son solo dos ejemplos del contraste que supone la demografía española frente a la densidad de Europa Occidental. No es un fenómeno nuevo: los viajeros extranjeros que recorrieron la Península de los siglos XVII al XIX trataron ampliamente del asunto, al igual que los escritores de la generación del 98, los regeneracionistas y autores de generaciones más recientes que han novelado un mundo rural que cada vez nos suena más lejano. Tampoco es nueva la voluntad de revertir esa situación.

Desde los tiempos de la Reconquista, la obsesión de los cristianos —aparte de expulsar, someter o masacrar infieles— era repoblar cada nuevo territorio conquistado. En cuanto un señor, rey u orden religiosa se hacía con una comarca o la recibía como recompensa por su contribución a los intereses de la fe o la Corona, no tardaba en emitir cartas pueblas o cartas de población en las que se detallaban los privilegios que obtendrían quienes allí se instalaran. No sorprende, entonces, que muchos de los pueblos que aparecen en este libro conserven parte de sus murallas, se apiñen en torno a un



castillo o se encaramen en lo alto de un cerro: nacieron como puestos militares avanzados para controlar y defender un territorio.

El objetivo de las cartas o fueros de población era asentar las tierras que se habían conquistado por la fuerza de las armas, ampliar y fijar fronteras, y revitalizar la economía, lo que también beneficiaba a las arcas reales. Con la espada, el arado y el rebaño se colonizó casi toda la meseta, pero cada contienda supuso un nuevo retroceso. Tras la última, la Guerra Civil, la dictadura de Franco, a través del Instituto Nacional de Colonización, construyó más de 300 poblados en tierras abandonadas o devastadas. Algunos de esos pueblos aparecen, como comprobarán los lectores, en las páginas dedicadas a Aragón.

Los poblados de colonización fueron la última iniciativa de alcance nacional que se acometió para frenar la despoblación, pero no sirvió para contrarrestar la gran migración del campo a la ciudad, que comenzó a mediados del siglo pasado y que es el origen del agudo contraste que hoy percibimos entre las áreas urbanas densamente pobladas y el entorno rural. Esa es otra peculiaridad hispana: la escasa distancia que separa las grandes urbes de las tierras poco habitadas. Desde una gran capital como Madrid, con una densidad de población superior a los 5400 hab/km^2, se llega en poco más de una hora a los pueblos de la Sierra Norte, la comarca madrileña con menos habitantes, o a los páramos y valles de la Alcarria, donde abundan los municipios con densidades inferiores a los 8 hab/km^2.



Una geografía única

Aparte de los avatares históricos, hay otro factor que ayuda a entender la peculiar forma en que habitamos la Península (también el campo portugués sufre de despoblación): la geografía. Si algo caracteriza el suelo ibérico es su diversidad. Hasta que el cambio climático comenzó a trastocarlo todo, España se encontraba en una latitud intermedia y benigna, lejos de los calores africanos y las inclemencias europeas, con suelos fértiles donde se podía cultivar casi de todo. Esa diversidad aún está presente en nuestra despensa y también en la bodega: nuestra riqueza vinícola es consecuencia de una formidable variedad de cepas, suelos y microclimas.

Por otra parte, gracias a la especial geografía ibérica contamos con la mayor red de reservas de la biosfera del mundo, nada menos que 53. Los contrastes paisajísticos de España, que van desde los densos bosques navarros hasta las soledades volcánicas canarias, son prueba de una naturaleza riquísima, única… y también difícil de ocupar. En este sentido, y simplificando mucho, algunos pensadores han aventurado que si España está vacía es porque no se puede llenar. Salvando las (muchas) distancias, sería algo parecido a lo que ocurre en Australia, donde el 90 por ciento de la población vive en un puñado de áreas urbanas y costeras mientras el resto del continente permanece casi vacío debido a su carácter desértico. En comparación, España es un vergel, aunque tiene zonas lo bastante áridas como para evocar los desiertos del Oeste norteamericano o los páramos afganos (o así se lo parece a los productores de Hollywood).

Antaño, en España había zonas tan remotas que se podía castigar a alguien con el destierro sin que tuviera que cruzar frontera alguna. Es lo que le ocurrió a Miguel de Unamuno, cuyas críticas a la dictadura de Primo de Rivera le valieron la pérdida de la cátedra en Salamanca y el exilio en Fuerteventura, en Playa Blanca, en un paisaje que «es triste y desolado, pero tiene hermosura». Hoy es un paraíso para surfistas. Siglos antes, otro escritor, Francisco de Quevedo, también pagó con el destierro sus veleidades políticas, y aunque su destino —Torre de Juan Abad (Ciudad Real)— está bastante más cerca de la Corte que las playas majoreras, tuvo que echar mano de grandes dosis de estoicismo para aceptar su retiro «en la paz de estos desiertos…».

Pueblos por descubrir

En definitiva, la España vacía puede verse con nostalgia, desesperación y hasta enojo por lo que pudo ser y no fue, o lo que algunos creen que fue. O también con la expectativa de descubrir algo desconocido y cercano. Con la geografía y la historia como aliados, los viajeros del siglo XXI viajan hoy por comarcas españolas de horizontes infinitos y cielos puros, y lo que perciben no es desolación y abandono, sino paz, silencio y tranquilidad, bienes muy escasos en las grandes ciudades. Los pueblos son los nexos que conectan rutas motorizadas o los campos base de senderistas, ciclistas o montañeros que descubren valles y montes frondosos o semidesérticos sin andar pendientes del reloj.

Las poblaciones que se reseñan en este libro-guía sufren la amenaza de la despoblación, sí, pero no la del abandono, porque su patrimonio histórico, artístico y natural les garantiza un hueco en las agendas de los viajeros y turistas bien informados. Son 40 y están repartidas por casi todas las regiones —solo faltan las islas Baleares, y no por falta de pueblos con encanto, sino porque la despoblación no es un problema en el archipiélago, salvo en algún municipio—, pero hay muchísimas más porque habría que sumar otras riquezas: las vidas de quienes habitan estos pueblos y las experiencias de quienes los visitan, pero esas no caben en un solo libro.

Almonaster la Real y su inmenso filón

ANDALUCÍA

Situación
Noroeste de Huelva

Comarca
Sierra de Aracena y Picos de Aroche

Habitantes
1785

Densidad
5,75 hab/km²

Más información
almonasterlareal.es
turismoalmonasterlareal.com
sierradearacena.com

En 2018, Almonaster la Real ingresó en el club de Los Pueblos Más Bonitos de España, pero eso no ha impedido que su población decrezca poco a poco, de forma inversamente proporcional a los visitantes que recibe, pues esta localidad vive de la riqueza forestal de su extenso municipio, de la minería, de los cerdos ibéricos que se crían en la dehesa, y cada vez más del turismo rural, atraído por su historia, su patrimonio arquitectónico y su proximidad a Sierra de Aracena y Picos de Aroche, nombre de un valioso parque natural y también de una de las comarcas de Huelva que más habitantes pierde año tras año. Así se explica la bajísima densidad de Almonaster la Real, que llegó a tener más de 9000 habitantes hacia 1920, en pleno auge de la minería, y que hoy no llega a los 1800, repartidos entre el pueblo y las 14 aldeas de su término municipal.

Necrópolis, dólmenes y otros vestigios han demostrado que el entorno de Almonaster ya estaba habitado hacia el año 3000 a.C. Los romanos pasaron por aquí y también los árabes, que asumieron la palabra latina *monasterium* en el topónimo al Munastyr, del que deriva el nombre actual.

Precisamente la mezquita es la joya del patrimonio almonasterense, porque en ella converge buena parte de su historia por la vía del reciclaje, algo, por otra parte, bastante habitual en los monumentos españoles. En un principio, hubo un edificio romano, transformado luego en basílica o monasterio visigodo. A finales del siglo IX se construyó la mezquita de nueva planta, aunque se aprovecharon sillares, columnas y capiteles romanos de los siglos I y II que se advierten en el *haram* o sala de oración: cinco impresionantes salas sostenidas por arcos de ladrillo y orientadas hacia la *quibla*, el muro que mira a La Meca, señalada por el *mihrab*, también construido en ladrillo. En una de las esquinas se alza el alminar, reconvertido en campanario en el siglo XVI. Antes, en el XIII, cuando estas tierras fueron ocupadas por los cristianos, comenzaron las reformas en el templo —la mayoría en estilo mudéjar—, que pasó a ser la iglesia de Nuestra Señora de la Concepción y que se prolongaron hasta el XVIII, de ahí la multitud de elementos arquitectónicos de distintas épocas y estilos que se pueden rastrear en sus piedras. Menos suerte tuvo el castillo o recinto amurallado, dentro del cual vivían los almonasterenses hacia el siglo XIII. Con el paso de los años, perdió interés defensivo y hoy apenas quedan vestigios que permiten imaginar





su perímetro. A sus pies fue creciendo la población, un conjunto histórico de calles empedradas y casas con elementos góticos, mudéjares o renacentistas, cuya blancura contrasta con la piedra de la mezquita. Desde el castillo, solo hay que seguir las calles que descienden hacia la plaza del Ayuntamiento, donde destaca la espadaña de la capilla de la Santísima Trinidad. Por las calles Real y Jacinto Navas se llega al otro gran templo de Almonaster: la iglesia de San Martín, construida entre los siglos XIV y XV en estilo gótico y mudéjar, y con una portada que evoca el estilo manuelino de las iglesias rurales portuguesas. Alrededor de este templo y su bonito campanario creció Almonaster apaciblemente en los siglos siguientes, hasta que en el XIX el municipio quedó integrado en la provincia de Huelva y llegó la minería.

Aguas Teñidas

En este punto es preciso echar mano de la geología. Resulta que buena parte del término de Almonaster la Real se encuentra en la Faja Pirítica Ibérica, una de las mayores concentraciones de metales no férricos del mundo, que recorre el sudoeste de la Península, desde Alcácer do Sal (Portugal) hasta Sevilla. Este



REZOS Y TOROS

Una de las peculiaridades del conjunto monumental de Almonaster la Real es que junto a la mezquita y el castillo hay una plaza de toros. Por mucho que el visitante reniegue de la bárbara fiesta, deberá reconocer que las vistas desde el graderío son espectaculares. La plaza se inauguró en 1821 y es el resultado de la reutilización arquitectónica que tan habitual ha sido en la historia de Almonaster, ya que fue construida sobre el antiguo patio de armas de la fortaleza y se aprovecharon restos de su muralla. En la página anterior, una vista de la mezquita. En esta página, arcos y columnas de sus salas de rezo.

inmenso filón se explotaba desde los tiempos del Imperio romano, pero fue durante la Revolución Industrial cuando se multiplicó la extracción de minerales, principalmente en la cuenca de Riotinto. En Almonaster, el principal yacimiento fue el de Aguas Teñidas, de donde se extraía cobre y otros minerales. En el siglo XIX la actividad minera dinamizó la economía y la vida de Almonaster hasta el punto de que llegó a ser uno de los municipios más poblados de la provincia de Huelva. Pero llegó el declive de la minería, que se tradujo en un prolongado éxodo rural a lo largo de todo el pasado siglo. En los últimos años, sin embargo, la minería vuelve a ser un negocio rentable en Aguas Teñidas, y la obtención de cobre, cinc y plomo es de nuevo uno de los principales recursos económicos del municipio.

Con el auge de esta actividad, nacieron muchos poblados mineros que, con el tiempo, se fueron abandonando y desaparecieron entre la vegetación, excepto las aldeas de El Patrás, Cueva de la Mora y Mina Concepción, donde ese legado histórico e industrial sigue vivo, a la espera de que sea rehabilitado y aprovechado como un recurso educativo, paisajístico y turístico, al estilo del cercano Parque Minero de Riotinto.

UN PUEBLO, 14 ALDEAS

Una peculiaridad de Almonaster la Real es que en el pueblo solo viven unas 600 personas, el resto de sus habitantes se reparte en unas 14 aldeas dispersas por todo el municipio. En el pasado llegaron a ser 25 y las que siguen habitadas ilustran diferentes periodos de la historia de la localidad o nos descubren su compleja orografía. Así, una ruta por las aldeas más interesantes debería pasar por Cueva de la Mora, cuyas casas recuerdan su pasado minero; Escalada, una de las más antiguas; Aguafría, con una curiosa arquitectura popular; Los Molares, rodeada de encinares; La Estación, en el entorno del apeadero, construido en 1889, de la línea Zafra-Huelva; El Patrás, también de claro sabor minero, o Acebuches, asomada al parque natural. Abajo, una calle de Almonaster.



Era de la Cuesta

La agricultura también ha sido fuente de riqueza en Almonaster, y así lo prueba la Era de la Cuesta, una explanada donde antaño los campesinos trillaban el cereal aprovechando el viento que soplaba sobre ella. Se llega atravesando el puente de la Tenería, de origen romano, hasta la empedrada era. Hoy es un excepcional mirador para contemplar Almonaster en su totalidad, y también uno de los escenarios de las Cruces de Mayo, coloridas y ancestrales fiestas donde suena el fandango, máxima expresión folclórica de Almonaster.

Algo más lejos, a unos 20 km, la ermita de Santa Eulalia es centro de la romería más antigua de España en honor a la santa. Se celebra desde 1606, y la ermita es interesante por otro motivo: tres de los muros del ábside corresponden a un mausoleo de época romana, es decir, el templo, que se construyó en el siglo XV, es también un yacimiento arqueológico. Senderistas y ciclistas se aventuran por los cientos de caminos que cruzan montes y aldeas de Almonaster, y en la mayoría de estas se pueden probar y adquirir los productos más preciados de la gastronomía local: embutidos ibéricos, a poder ser jamones y paletas de la DOP Jabugo.



DEHESAS Y BOSQUES

En sus 187 000 ha, el Parque Natural Sierra de Aracena y Picos de Aroche es un conjunto de suaves montes donde predominan las dehesas de encinas y alcornoques y los bosques de robles y castaños. En ellos viven ginetas y nutrias, entre otros mamíferos, y vuelan cigüeñas negras, buitres o milanos. El centro de visitantes de Aracena (a unos 27 km de Almonaster la Real) dispone de amplia información sobre los senderos que recorren los paisajes más cautivadores de esta magnífica reserva natural. Además de Aracena, conviene visitar otros pueblos, como Cortegana, Cumbres Mayores o Jabugo.

Belalcázar, en torno al castillo

ANDALUCÍA

La más septentrional de las comarcas andaluzas es también una de las que más padece la despoblación. A pesar de que Los Pedroches cuenta con una importante industria agroalimentaria, no deja de perder habitantes. No es un fenómeno reciente: en los años sesenta, una fatal combinación de crecimiento demográfico y falta de oportunidades en el campo debido al latifundismo y la mecanización, entre otros factores, empujó a miles de cordobeses al éxodo, y así, localidades como Belalcázar, que contaba con más de 10 000 habitantes en 1960, apenas llegó a la mitad una década después, y el goteo continúa. Rodeada de campos de cereal y dehesas de encinas, Belalcázar era una villa extremeña hasta que los azares de la división provincial de 1833 la asignaron a Córdoba y a una comarca, Los Pedroches, con la que comparte paisaje, historia y una economía donde tiene un papel fundamental el cerdo ibérico.

Situación
Norte de Córdoba

Comarca
Los Pedroches

Habitantes
3166

Densidad
9,37 hab/km^2

Más información
turismolospedroches.org
belalcazar.es
lospedrochesreservastarlight.com

En medio de la dehesa, entre suaves lomas, la torre del castillo de Belalcázar se recorta como una anomalía de líneas rectas y afiladas. Quizá era el efecto que se buscaba cuando se construyó, en una tierra de frontera que linda con la meseta castellana y la sierra cordobesa, al igual que el vecino castillo de Miramontes, en Santa Eufemia, aunque de este apenas quedan ruinas. Belalcázar se conoció en época musulmana como Gafiq, y más tarde como Gahet o Gahete: un poblado construido para controlar la ruta entre Córdoba y Toledo y en el que se erigió una recia fortaleza, probablemente sobre otra anterior romana. Eso no evitó que pasara a manos cristianas a principios del siglo XIII, pero hubo que esperar al XV para que Gahete y su señorío pasaran a formar parte de las muchas posesiones de Gutiérrez de Sotomayor, maestre de la Orden de Alcántara y artífice del linaje de los Sotomayor. Fue durante la regencia de su nuera, Elvira de Zúñiga, cuando se terminó de construir una nueva y espectacular fortaleza, un «bello alcázar» que hasta dio nombre al pueblo, conocido desde entonces como Belalcázar. Nos es para menos, levantado en granito en la segunda mitad del siglo XV, los robustos muros del castillo, jalonados de torres prismáticas, parecen brotar del suelo en lo alto de una loma, y por encima de todo, la, en principio, desproporcionada torre del homenaje, la más alta de España, con sus 47 m de altura y cierta semejanza a rascacielos de estilo gótico flamígero. Las garitas cilíndricas adosadas a las esquinas y los grandes escudos de los Sotomayor y los Zúñiga contribuyen a afianzar una imagen poderosa e intimidante que los siglos apenas han suavizado. En





una de las esquinas se adosó en el siglo XVI un palacete renacentista que hoy es propiedad, como todo el conjunto, de la Junta de Andalucía. Esto ha permitido desarrollar obras de rehabilitación y consolidación, suficientes para facilitar varios turnos de visitas guiadas en grupos reducidos y solo en fines de semana y festivos. Los afortunados que logran reservar plaza recorren el patio de armas y el entorno del castillo, y suben a lo alto de la torre del homenaje para disfrutar de sus increíbles vistas.

Dulces de convento

El otro gran monumento de la población se encuentra en su extremo opuesto, se trata del convento de Santa Clara de la Columna, fundado en 1476 a instancias, también, de doña Elvira de Zúñiga. Primero fue un cenobio masculino y luego femenino, y así ha seguido, con una comunidad de hermanas claridas consagradas a la oración y la vida contemplativa. Ello no les impide redondear el presupuesto con la elaboración y venta (en el torno y en internet) de yemas, roscos, repelaos, bollos, magdalenas, perrunas y otras exquisiteces, siguiendo recetas centenarias cuyo secreto guardan celosamente. También organizan visitas guiadas en las que se pueden admirar los bellos artesonados mudéjares y las dependencias góticas del convento, que apenas han cambiado desde los tiempos de los Reyes Católicos y han sobrevivido a guerras y desamortizaciones.

Entre castillo y convento, el caserío de Belalcázar cuenta con otros atractivos, como sus casas solariegas con escudos nobiliarios —suficientes para diseñar una larga ruta por sus calles—, edificios históricos como el hospital de San Antonio de Padua, de finales del siglo XIV, la iglesia parroquial de Santiago el Mayor, del XVI, un puente romano, el antiguo pósito (s. XV) o, en los alrededores, los restos del balneario romano de Santa María de la Selva (en una propiedad privada) y varias ermitas, como la de Nuestra Señora de Gracia de Alcantarilla, del siglo XV, situada en un cerro cerca de restos arqueológicos prerromanos y romanos y destino de una animada romería en abril y octubre.

Hinojosa del Duque

En la comarca de Los Pedroches hay mucho más que ver (como se comprueba en la siguiente página), y sin alejarse mucho de Belalcázar se puede completar la excursión visitando Hinojosa del Duque, por dos razones: por un lado, en la carretera que une ambas poblaciones (una recta de poco más de 10 km) ya se percibe la inmensidad de la dehesa de Córdoba, conquistada en esta parte por el cereal, y por otro Hinojosa del Duque posee uno de los conjuntos históricos más imponentes del norte de Córdoba, protagonizado por la plateresca iglesia de San Juan Bautista, más conocida como la Catedral de la Sierra por sus rotundas dimensiones. También aquí la oferta gastronómica gira en torno al cerdo ibérico y el cordero merino, en un recetario donde se entrecruzan las influencias andaluzas, extremeñas y manchegas, que por algo esta fue tierra de frontera.

RESERVA STARLIGHT

En 2016 Los Pedroches se convirtió en la décima región del mundo en obtener la certificación Reserva Starlight, que gestiona la fundación del mismo nombre, dirigida por el Instituto de Astrofísica de Canarias. Una reserva Starlight es un espacio natural donde se preserva la calidad del cielo nocturno para poder contemplar la luz de las estrellas, y además atesora otros valores culturales, científicos, paisajísticos o naturales. En el caso de Los Pedroches, además de que se haya procurado que el alumbrado público sea eficiente e ilumine las calles y no la atmósfera, basta con alejarse un poco de los núcleos habitados para comprobar que el cielo azul, casi blanco, dominado por un sol ardiente durante el día, se transforma de noche en un telón negro saturado de astros.
En los 17 municipios de Los Pedroches hay una amplia red de miradores para contemplar con todo detalle las constelaciones, y se ubican en plena dehesa, en lo alto de colinas o cerca de ermitas, antiguas minas y otras construcciones con historia. En el caso de Belalcázar, el mejor punto de observación se sitúa en Monte Alagón, al norte del castillo, un extenso pinar que es también un complejo de turismo rural. La red de miradores es tan extensa que se han diseñado itinerarios que conectan los más cercanos entre sí. Y si el astroturismo prende en el ánimo del visitante, puede seguir practicándolo más al sur, en la Reserva Starlight de la Sierra Morena cordobesa, que tiene como principales municipios Montoro, Adamuz o Espiel, y que se extiende por los parques naturales de Cardeña y Montoro y el de la Sierra de Hornachuelos, un extenso dominio de montes solitarios y cielos estrellados.



Trevélez, jamones y sendas

ANDALUCÍA

Lo difícil en la Alpujarra Granadina es quedarse con un solo pueblo, pues bonitos lo son casi todos, y también casi todos sufren los zarpazos de la despoblación, a pesar de que los visitantes los llenen los fines de semana y la comarca sea uno de los destinos más codiciados por todo tipo de turistas, desde los que aman las rutas en coche a los adictos al senderismo. Quizá sean estos últimos los que más perciben las ausencias, en las calles de los pueblos más remotos o en las laderas de la sierra de la Contraviesa, salpicadas de cortijos sobre los que se cierne el olvido. Sin llegar a los niveles de la España vacía, Trevélez es uno de los pueblos de la Alpujarra Granadina que ha perdido más población, a pesar de sus afamados jamones, de pertenecer a una de las comarcas más misteriosas, legendarias y literarias que se conocen, de estar situado en pleno Parque Natural de Sierra Nevada, en las laderas del Mulhacén, y de gozar de una atmósfera pura, fría y cristalina.

Situación
Sudoeste de Granada

Comarca
Alpujarra Granadina

Habitantes
712

Densidad
8,33 hab/km^2

Más información
trevelez.es
alpujarraturistica.com
turgranada.es

La Alpujarra es una comarca histórica con fama de remota pues hasta principios del siglo XX no se construyeron las primeras carreteras, lo que permitió conservar un paisaje cultural heredado de los árabes y que aún se percibe en los complejos sistemas de riego adaptados a las dificultades del terreno, en los cultivos aterrazados en las laderas, en la arquitectura popular que recuerda a la bereber, en la gastronomía, en la artesanía (alfarería, alfombras…) o en la toponimia. Los viajeros románticos que se aventuraron por España a lo largo del siglo XIX y visitaron Granada contribuyeron (y mucho) a construir la imagen exótica y misteriosa del sur, a la que la Alpujarra sumó su peculiar geografía: un gran valle formado por las cuencas de los ríos Guadalfeo (en Granada) y Andarax (en Almería), protegido en el norte por las cumbres de Sierra Nevada, las más altas de la Península, y por el sur, por las sierras de Lújar, Contraviesa y Gádor, que lo separan del Mediterráneo. Se trata de un espacio cerrado que hoy atraviesa la carretera paisajística A-348 y que antaño resultaba ciertamente pavoroso. Así describió la comarca Théophile Gautier en su *Viaje por España* (1840): «… nos hallábamos en plenas Alpujarras, soledades inaccesibles, cordilleras de lo más áspero y abrupto que se conoce, de las que los moros no lograron ser nunca expulsados del todo y donde todavía viven muchos millares de descendientes de moriscos».

Esos moriscos eran los musulmanes de Al-Ándalus a los que se permitió vivir en la Alpujarra tras la caída del reino nazarí de Granada en 1492. La vida en el que iba a ser su último refugio no fue muy pacífica. El